

Reminiscencias de la Vieja Literatura Colombiana

Por David Mejía Velilla

UN RATO EN LA BIBLIOTECA DE DON ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

El otro día cumplimos un grato compromiso. Un grupo de amigos de ARCO fuimos invitados a una testulia en la biblioteca de don Antonio Gómez Restrepo. Toda la solera de la vieja Santa Fe de Bogotá —en puridad de Atenas Suramericana— se refugia en aquella antigua casona hospitalaria, custodiada con unción por la viuda del prócer, la muy santafereña e ilustre señora doña Lola Casas de Gómez Restrepo. De ella vino, en buena hora, la invitación a disfrutar de un rato de amistosa conversación junto a los vetustos anaqueles, junto a los antiguos grabados, retratos e imaginería conmemorativa, junto al pequeño gran museo familiar, donde doña Lola ha recogido condecoraciones y títulos de varios gobiernos, instituciones y academias, otorgados a don Antonio Gómez Restrepo y a don José Joaquín Casas, tronco éste de la meritoria familia Casas-Manrique.

Unas horas —gratas horas— bajo la sombra paternal y amiga de retratos y volúmenes que tienen un gran valor histórico y afectivo para cientos de personas que veneramos la obra y la memoria del incomparable autor de la “Historia de la Literatura Colombiana”; y del festivo poeta, y por otros títulos patricio y prócer colombiano, don José Joaquín Casas Castañeda.

La biblioteca de Antonio Gómez Restrepo es la colección particular más preciosa de Colombia; y ha sido donada por la viuda del escritor a la Academia Colombiana de la Lengua. Actualmente no está abierta al público. Pero presta servicio a escritores e investigadores afortunados, coadyuvando así a la elaboración de nuestra cultura, callada y eficazmente. De esta biblioteca salieron a su tiempo, gestadas con la madurez de las obras perfectas, páginas de estudio y de divulgación de nuestra literatura, durante toda la extensa vida del “Menéndez y Pelayo colombiano”, como motejábamos con los alardes del cariño a don Antonio Gómez Restrepo.

Formar una biblioteca es labor paciente y de años: se seleccionan los volúmenes para no almacenar basura; se clasifican y se orde-

nan y se les infunde una nueva vida, agilizándolos con el movimiento que les circula a través de los ficheros y de las anotaciones; se les reúne en sociedad —en biblioteca!—. . . Y todo esto es obra de “construir patria y cultura”, como lo hizo admirablemente nuestro mayor crítico bibliográfico.

Don Antonio Gómez Restrepo fue el Secretario vitalicio de la Academia Colombiana de la Lengua. Fue Ministro de Estado y Embajador en varios países. Como cultor del idioma castellano, él está al lado de don Rufino José Cuervo, de don Miguel Antonio Caro y de don Marco Fidel Suárez. Su prosa es castiza, serena y madura, como corresponde a un clásico de la lengua.

Hay dos notas que me gusta destacar cuando hablo de Gómez Restrepo: que espiritualmente fue hombre de fe recia y bien informada, católico de una sola pieza; y que las contingencias y otros accidentes del ejercicio de la política, no enmarañaron ni quitaron consistencia ni a su actividad de escritor y de maestro, ni a ninguna de sus obras.

Por la primera nota —porque fue tan abiertamente un escritor católico— se le silencia a veces en ambientes indispuestos al claro y sincero ejercicio de la religión. Pasa en Colombia. Inexplicablemente, pero pasa. En el siglo diecinueve, el fanatismo y la virulencia de filosofías políticas de la época, ahogaron hasta donde pudieron la labor de los grandes artistas y escritores católicos. Y en este siglo perviven entre nosotros aquellas mañas, y afloran en cada oportunidad. Aún en climas donde dicese que se profesa el catolicismo. Durante el siglo pasado actuaban la “fraternidad masónica”, el fanatismo racionalista y otras más fiebres cerebrales. Y en este siglo y ahora, siguen actuando y son poderosos: y unas veces se disfrazan de “modernismo”, y otras de materialismo de diversos apellidos, y otras de falsos espiritualismos. . . y otras ni se disfrazan. Dícenle al artista católico que es un sectario. Con tanto sectarismo se lo dicen. Y lo silencian. Olvidando que, por lo demás, en Colombia todos los grandes hombres —de las letras, de las artes, de las ciencias, del arte de gobernar—, han sido fieles católicos. Y la historia de esta nación —en todas sus corrientes, política, literaria, cultural. . .— es el recuento de la lucha de aquellos grandes hombres por dar autenticidad a la vida del país: autenticidad, esto es, armonía de alma y cuerpo, armonía de pensar y querer, armonía de querer y obrar, armonía.

Y de la segunda nota algo diré. Las contingencias y otros accidentes del ejercicio político han perjudicado muchas realizaciones culturales del continente hispanoamericano. Y no hablo aquí de la “literatura testimonio”, como la del acervo pediodístico, que tan valiosa resulta a la hora de historiar nuestra vida colectiva (¿os acordáis de “Los Motivos de Proteo”, de Rodó?). Hablo de quienes en los ardores y ocupaciones del ejercicio político han abandonado su profesión de literatos y de investigadores; o han frustrado de otra manera —sobre todo pactando con la frivolidad y con la precipitación— su obra. Mucho se ha publicado aquí, que no sirve; que no se debió publicar, que debió esperar, que se debió ponderar más, que ha debido corregirse. Este fue el morbo que nunca tocó —ni de lejos— la actividad literaria a la obra de Gómez Restrepo.

Más cosas de la biblioteca de Gómez Restrepo. Qué recinto venerable. Allí se reunía a veces la Academia de la Lengua. Qué deleite para el espíritu la sencilla e ilustrada conversación del maestro Gómez Restrepo. Sí es este tiempo clausurado en Santa Fe de Bogotá, que ahora se llama, por lo demás, Distrito Especial. Tiempo el nuestro de reminiscencias. Pero para aprender. Y para hacer más perfectamente el mismo recorrido. Aquella tarde, en la vieja casona santafereña, estábamos gente joven, oyendo narrar recuerdos. De los nombres de los asistentes, no se me escapan Jorge Leiva ni Gabriel Carreño Mallarino. Gente joven, muy joven, aunque recuerdo que el doctor Leiva le recomendaba al doctor Carreño la marca de pilas que utiliza en sus finos y diminutos audífonos. Y que me lo perdonen ambos, que lo recuerde y que lo cuente. Me gustó tanto encontrarme al doctor Leiva en la biblioteca de Gómez Restrepo. Por lo demás, es “muy colombiano” esto de alternar el más vivo ejercicio de la política y de la técnica con las letras y las bellas artes. Lo que pasa, también, con Carreño Mallarino: que siendo un gran jurista —¡qué memoria hago aquí de don Pedro María Carreño!—, es un experto en cosas grandes y en menudencias del arte del teatro; y en literatura es un catador de estilos.

Y, todavía a la sombra de la biblioteca de Gómez Restrepo, unas pocas palabras para Ignacio de Guzmán. También me lo encontré allí. Historiador y publicista, y como tal, perito, obviamente, en buenas reminiscencias. Hablamos del centenario de Rivas Groot, y de la obra maravillosa que adelanta su vástago letrado, José M. Rivas Sacconi, en el Instituto Caro y Cuervo. De esta institución hemos de hablar con calma uno de estos días, de su paciente y sólida obra hemos de hablar; porque, estoy seguro, el “Caro y Cuervo” ha de servir como ejemplo de labor eficaz a los hermanos países de América.

Y nada más, sino quedar pendientes de la próxima tertulia, que podrá realizarse en alguna sala del Instituto “Caro y Cuervo”; que ahora, con la clausura del llamado “Museo Romántico”, es seguro que ha quedado más silencioso y acogedor.

JULIO FLOREZ

Va un abismo de la poesía vieja a la de hoy, y un abismo insalvable. Yo llamo poesía vieja la del siglo diecinueve, que se prolongó hasta dos décadas de nuestro siglo. En cuanto a la poesía, el romanticismo hizo estragos en la literatura americana. Y no tanto por lo que se escribió “bajo el signo de Ernani”, cuanto por lo mucho que se hizo y que se dijo, de extravagante, de empalagoso... “de pose”. Por eso en nuestra época queda difícil, a veces, vencer cierto prejuicio sobre la vieja poesía: prejuicio que consiste como en un sabor de cosa ridícula; un persistente —injusto tantas veces— insistir sobre la condición de cosa pasada, de cosa trasnochada, que además se refiere juntamente a poetas, poesía y época, con lo que toda ésta significa: en sus criterios, en sus realizaciones, hasta en sus huellas...

Una crítica al siglo pasado puede estar plenamente contenida en una simple crítica a un poeta. Cuando en Colombia decimos de algo

que “eso está muy Julio Flórez” queremos como plasmar en ese juicio peyorativo toda nuestra resistencia y tal vez nuestra repulsión hacia el mundo de los bisabuelos. Hay otra frase —que ahora me da por citar—, muy dicente y muy injusta, sobre aquellas situaciones. Dicen por ahí, de algo que contiene cualquier aspecto del estilo del pasado siglo: “esto está muy veintejuliero”, queriendo referirse a lo fuera de lugar que resulta hoy el bien exaltado patriotismo de los colombianos, que tiene su cumbre en la conmemoración de la fecha de independencia.

Pero bien, vengamos a Julio Flórez y a la vieja poesía. Si uno lee conceptos de antiguos literatos —por ejemplo juicios de Menéndez y Pelayo, de Unamuno, de Riva-Agüero, entrevistas con Rubén Darío, con Nervo, con Gabriela Mistral, etc., se encuentra a menudo que Julio Flórez era tenido en alto aprecio por aquellos. Y empiezo mi crónica destacando este hecho, pues por otro lado, lo que uno se encuentra —y no en los libros, en las calles, en la vida corriente, provinciana o capitalina—, es que Julio Flórez arraigó dentro del pueblo, que declama sus poemas y ha puesto música de canción a muchos de sus versos. Julio Flórez es el poeta más conocido del pueblo colombiano, si es que vamos a entender por pueblo, como es habitual, las multitudes; y especialmente esas multitudes que tienen corazón, porque vale la pena que distingamos clases entre las multitudes; el corazón da personalidad bien definida a una de ellas: y no es que se trate de un coro de sentimentales reunidos; no hay coro, no hay sentimentales; es que el conjunto del pueblo —sencillo, sin nada de letras en Colombia—, cuando ama —porque ama, y de veras—, cuando sufre —¡que canta cuando sufre!—, aunque amar y sufrir, en aquellos estadios, vengan a ser una misma cosa, . . . se acuerda “de Julio Flórez”, se expresa con ese maestro del verso fácil y sentido. Y esto, me parece a mí, redundante en gloria de ese poeta bohemio y tan cantor, que andaba con una guitarra, de fiesta en fiesta, en la claroscuro y misteriosamente festiva Santa Fé de Bogotá, por allá por los años “de la Fronda”, por el tiempo de “la Gruta Simbólica” . . . cuando los poetas bogotanos hablaban de “Olympo”, y de cosas de esas.

En España se leyó a Julio Flórez. Cáustica anécdota la de nuestro bardo que tuvo que sufrir el juicio —amargo, pienso yo— de Valle Inclán. Cuando Flórez declamó en España sus “Sonetos” a la madre, Valle Inclán, que debió asistir al recital invitado por algún benévolo Rubén Darío, contestó al periodista que le pidió su concepto sobre el poeta colombiano: “Me pareció muy buen hijo . . .”. Pero tal vez por eso gusta el pueblo de Julio Flórez. Tal vez, a la larga, la verdadera poesía esté, además, en ser un buen hijo, por ejemplo.

Lo que no se podrá negar nunca, además, es que el desprecio a aquellos valores “decimonónicos” —un tercer modo de hablar peyorativamente sobre todo eso que abunda en el arte viejo—, es solo un punto de vista; no es un fallo de la historia y menos de la crítica.

Y volviendo al fondo del asunto que ahora tratamos, hemos de recordar que en la lírica colombiana es difícil encontrar una más genuina y poderosa inspiración que la que mueve la obra de Julio Flórez. Quizá no es una lírica de profundidades —está sobreabundando

en las formas poéticas, se mantiene “a flor de piel”—, pero posee, como adheridas, otras cualidades verdaderamente encantadoras y valiosas. Y está entre ellas, ciertamente, la sencillez. La sencillez, que es el alma de la buena poesía. También aparece en esa obra literaria un lenguaje limpio y un constante sentimiento de ingenuo amor. Los humildes afectos, diríamos. Los elementales afectos. El filial, el fraterno, el platónico.

Julio Flórez nació en Chiquinquirá, esa pequeña ciudad boyacense que tantos bellos campos tiene a su alrededor; allí nació donde está el Santuario Nacional de Colombia: Chiquinquirá, la de los romeros y las romerías, en el año de 1867. Vivió muchos años en Santa Fe de Bogotá la vieja, la de Clímaco Soto Borda, la de Espinosa y “Frailejón”. Viajó también por el Viejo Mundo. Murió en Usiacurí, ciudad casi costera, en 1923, después de haber sido coronado poeta nacional. Del catálogo de sus obras vale la pena recordar: **Horas** (Bogotá, 1893); **Cardos y Lirios** (Caracas, 1905); **Fronda Lírica** (Madrid, 1908); **Poesías** (Barcelona, 1943); **Oro y Ebano** (Bogotá, 1943).

JOSE RESTREPO JARAMILLO

Entre las literaturas de América, hay una, señalada y vieja, que atravesó más de una vez tierras y mares; pero que, no obstante, permanece como escondida y como olvidada en su terruño de origen. Me refiero a la literatura costumbrista que se ha elaborado desde antiguo en los pueblos de Antioquia, la singular región colombiana. Allí nacieron, y allí vivieron, y allí escribieron páginas inmortales don Tomás Carrasquilla (“Náufrago feliz del siglo de oro”, como gustaba de motejarlo don Juan Valera), Francisco de Paula Rendón, Samuel Velásquez, Jesús María del Corral, Alfonso Castro, Antonio José Restrepo, don Efe Gómez, Manuel Antolínez, Sonfía Ospina de Navarro, María Eastman, y tantos y tantos, de ayer y de anteayer, —porque no cito los de hoy, sus buenos discípulos, que están enriqueciendo aún más aquella fecunda literatura: como Manuel Mejía Vallejo, que ha conquistado un galardón apreciable, como es el Premio Nadal—. Por cierto que entre los autores que he mencionado incluí a Sofía Ospina de Navarro. Ella es una gran escritora, cuya obra bien merece ser dada a conocer en otras latitudes. El año antepasado publicó un hermoso libro titulado “La Abuela cuenta”: reminiscencias bien hiladas y mejor contadas, llenas de sencillas y profundas observaciones.

José Restrepo Jaramillo es un escritor costumbrista **paisa** —este curioso gentilicio ya se ha consagrado para los antioqueños—, que murió hace cosa de veinte años; y murió joven, de manera repentina, en vísperas de viajar a Panamá a desempeñar un cargo diplomático.

En la literatura costumbrista **paisa** hay matices y hay diversas escuelas. José Restrepo Jaramillo no es un costumbrista a la manera de Tomás Carrasquilla o de Rendón; sino más bien a la manera de Fernando González —y que nos perdone el Maestro Fernando si no está de acuerdo en que lo llamemos escritor costumbrista a él, que ha sido por décadas el filósofo y poeta de la raza antioqueña—, o un cos-

tumbrista a la manera de León de Greiff. ¿Se entiende ésto? No dudo de que se entienda, a poco que se recuerden los recogidos acentos greiffianos que celebran las correrías a lomo de mula por Bolombolo y Titiribí; o a poco que se recuerde el grupo de los Panidas, en el que encaja maravillosamente bien José Restrepo Jaramillo.

La literatura de esta escuela podrá parecer casi extraña a muchas gentes, especialmente a las acostumbradas a leer a Carrasquilla como se lee a un cronista familiar. Pero ocurre que el **costumbrismo**, como género literario, no abarca únicamente el cerrado mundo de lo tradicional: también ese comportamiento de las nuevas generaciones, que se vuelcan en aquellos ambientes rancios con modales y con sentires inusitados, es un aspecto no despreciable para elaborar la literatura costumbrista.

Así, José Restrepo Jaramillo escribió una novela de costumbres: la casi inédita "David, Hijo de Palestina", que envuelve —con un no sé qué de estilo gongoriano y musical y ultracoloreado, a fuer de originalísimo, tan fluido y poético, como sólo en Restrepo Jaramillo lo he llegado a ver—, envuelve, digo, un pueblo y un paisaje y unas pasiones humanas y toda una filosofía de la vida; pero las envuelve a su manera, con su crítica tan suya, poniendo, precisamente, el hacha en la raíz del árbol tradicional; como queriendo echar por tierra todas esas costumbres construídas con principios y hábitos que parece detestar.

Hay tan fuerte dosis de sentimiento —y otras veces de sentimentalismo— en la literatura costumbrista, así sea en esa, rebelde y juvenil, contraria a la tradición, como la de Restrepo Jaramillo.

Es la literatura costumbrista, en el fondo, un canto lírico y un canto épico; unas veces de suaves contornos; otras, de acentos heroicos; y, casi siempre, de *fabla* familiar, ya trágica, ya serena, ya humilde. Claro esá, es como la vida que retrata.

Yo releo a Restrepo Jaramillo con cierta frecuencia; y lo gusto más que a otros costumbristas **paisas**, porque encuentro en su literatura lo que para mí tengo de más valor en el costumbrismo: la poesía de la vida cotidiana. Es un gran poeta de la prosa este don José Restrepo. Cómo vibra en esas páginas que escribió, un corazón limpio y enamorado de su tierra y de sus gentes. En ese librito que le editó la Editorial del Departamento de Antioquia, titulado "Veinte Cuentos", está —y es opinión de muchos— la mejor colección de cuentos que se ha escrito en Colombia. Y cada cuento es un suave y hondo poema, escrito, por lo demás, en rico lenguaje. Es de señalar, por ejemplo, "Un negrito perdido en la noche"; o "El amigo Simbad ha muerto". No entiendo por qué en las antologías de cuentos que se están publicando últimamente, insisten en poner únicamente el que se titula "Cinco minutos de castidad", porque éste, a la verdad, ni es el que más valor literario encierra, ni es la muestra precisa de la literatura de Restrepo Jaramillo. Muchas veces he cavilado sobre si quienes lo editan y reeditan sí conocen lo mejor que escribió; o si sólo pretenden utilizar equívocamente un cuento en que anda la carne enredada de por medio.

Ojalá un día de estos se publiquen completas las obras de José Restrepo Jaramillo, como se vienen publicando las del Tuerto Echeverri, las de Gregorio Gutiérrez González, las de Epifanio Mejía... co-

mo publicaron las de León de Greiff; porque hemos de rescatar para nuestra cultura esa bella obra literaria que, al cabo de los años, sólo conocen —y a veces tan fragmentariamente— unos pocos colombianos.

EN LA MUERTE DE FERNANDO GONZALEZ

Repentinamente murió el maestro Fernando González —ayer, tarde de domingo, dieciséis de febrero—. Murió en su casa de campo, en las afueras de Medellín, camino de Envigado. Desde hace años se asilaba en tanta paz, entre naranjos que cultivaba, junto a los más íntimos afectos familiares. Murió cumplidos los setenta años. Hacía cosa de más de veinte años que no escribía como antes, de continuo; tal vez llegó a publicar dos libros en esos últimos tiempos; contrastando con la fecunda cosecha de “su segunda juventud”.

Curiosa personalidad la de este escritor superior, que por yo no sé qué inexplicable causa no llegó a ser un gran novelista que dominase ámbitos más allá de las fronteras patrias. Porque sí que fue don Fernando “el prosista más bien dotado de su generación”, para que le apliquemos esa frase con qu Rubén Darío elogiaba a Bloy.

Escritor tan original, solo —en el fondo— comparable —en la ironía, en la profundidad y también en la “grosería” y en la violencia verbal— precisamente a Bloy; pero, además, a Quevedo y Villegas. De Bloy tenía, sobre todo, ésto: que su obra literaria es su alma que exhibe todas sus desnudeces: y que, como gracias a Dios se trata de un alma noble y muy viril, bien puede exhibirse en cada página de cada libro.

Es, sin embargo, producto neto “de su tierra y de su tiempo”. Toda su obra pertenece, —de raíz y de entraña— a su tierra, entendiendo que su tierra es, en los límites de su generoso corazón, Antioquia, su región. Colombia, su país, y América, Suramérica, la que él piropeaba picantemente enamorado como estaba de la raza “negroide”, raza promisoría de esta tierra prometida.

Esta vez llamamos a Fernando González “poeta y filósofo de la raza antioqueña”. Y escritor costumbrista. ¡Qué inapropiados podrían resultar, para algunos, estos adjetivos que usamos como con tanta seguridad! Pero tienen su explicación. Poeta, González, que cuando escribe se alza, como Don Quijote, por encima de lo más vulgar y es a lo más vulgar, precisamente, a lo que hace levantar vuelo, hasta colocarlo allá, donde brillan los ideales. Poeta, pues como son poetas los quijotes de la humana actividad. . . Y filósofo. Pero no a la manera del profesional de la filosofía: a la manera, simplemente, de quien busca y de quien halla las raíces de las cosas, lo profundo, lo hondo, lo verdadero de cuanto lo rodea o de cuanto piensa. Y costumbrista: que vuelca su alma universal en su paisaje de siempre.

No corresponde la obra del maestro a sus inmensas posibilidades. Lo que por otra parte nada de raro tiene en nuestra literatura; ya estamos acostumbrados a encontrar abundancia de genio que se malgasta, desaprovechados talentos que se esconden, y hasta llegan a perderse en lo más baladí y en casi nada. Obras literarias en las que apenas si —porque es lógico— destella el genio, con breves destellos.

Es el caso de Fernando González muy semejante al de José Asunción Silva, en lo que mira a las dimensiones reales de su obra. Aunque, claro está, los motivos que causaron la reducción de su obra, posiblemente fueron muy distintos. En Silva puede hablarse propiamente de una frustración. No así en González. La obra de éste adolece —en lo que adolece—, de otras taras. Tal vez la principal sea ese fuerte toque de “dejadez” y de abandono, que hace que la empresa literaria ande como a tientas, sin rumbo cierto —desde luego—, y exhibiendo sus deficiencias de continuo; cosa que, a la larga, afecta tanto la trayectoria del escritor, que le imposibilita enderezar el camino. Por otra parte, es evidente que Fernando González nunca tuvo el propósito de hacer algo distinto de lo que hizo. Fue parte de su carácter —que infundió a su obra— ese quitar interés y trascendencia a la actividad literaria.

Hay un hecho en la obra del maestro Fernando González, que destacó Juan Lozano en un juicio crítico, hondo y vivaz, como corresponde a esa pluma firme que maneja nuestro regio embajador ante el Quirinal: dice Lozano que Fernando González escribió esa descarnada y abierta literatura humana, mejor y veinte años antes de lo que se escribiría en Europa... Pero la literatura de González ni aún hoy se conoce ni se lee más allá de las fronteras regionales.

He hecho la reminiscencia de Lozano y de su juicio, y de su embajada ante el Quirinal, muy adrede, y para detenerme ante el Quirinal. Porque Fernando González también anduvo de diplomático por Italia, y de Italia sacó vivas —y antiguas— reflexiones. Por allá anduvo, hasta que la policía secreta del Duce descubrió los originales de su libro “El Hemafrodita Dormido”, y fue entonces, don Fernando, extrañado de esas tierras que tanto amó.

Extrañado de otra patria había sido antes: de Venezuela, cuando el Dictador Gómez —que contrató sus servicios para obtener un libro que cantase sus glorias— leyó “Mi Compadre”, y no captó que en medio de tanta irreverencia y de tanta ironía hacia su persona, se contenía allí, sin embargo, una exaltación verdadera de sus verdaderos valores. Juan Vicente Gómez, dictador y todo, pero digno heredero de la hombría de los Páez y los Negro Primero.

Todos reconocemos que la mejor obra de don Fernando es “Mi Simón Bolívar”, que tanto elogió, por ejemplo Jacinto Benavente. Pero a mí la que más me gusta es “El Maestro de Escuela”, tal vez la autobiografía interior de Fernando González.

Los intelectuales liberales no perdonarán nunca a don Fernando la biografía de Santander que escribió. Aunque tanto se regodeen con “El viaje a pie”. Difícil libro, que es como un sicoanálisis, y que tiene todos los inconvenientes del sicoanálisis hecho con el único criterio de hallar en cada deficiencia humana una frustración del instinto carnal.

En esos últimos apacibles años que vivió el maestro, sorprende su dedicación al “mecenismo”. Por otra parte sabemos que su mayor dedicación fue a la personal meditación, un aislamiento que se propuso para buscar a Dios y conversar, a solas, con Dios; pero con tal discreción que odiaba que aquello trascendiese aún a sus más íntimos amigos. Esa irascibilidad de don Fernando era, en el fondo, no otra co-

sa que un medio para defender su intimidad. Caso curioso el suyo, y explicable cuando se conoce y entiende.

Pierden mucho las letras colombianas con la muerte de don Fernando. Siempre habíamos pensado que él —con Eduardo Caballero Calderón y con Silvio Villegas— era “el prosista mejor dotado de su generación”. Aunque a don Fernando —como escritor— lo habíamos perdido hace tiempos. El, que ha desnudado ya su alma delante de Dios —cosa que su habitual sinceridad tanto le facilitaría—, descansará ahora definitivamente en paz y muy a gusto.

JOSE ASUNCION SILVA

Qué idea de los hombres se formaría Silva, en la hipótesis de que le fuera dado entenderse hoy, después de su muerte y de tantos años pasados, con la crítica que se ha hecho de su obra y de su vida? La verdad es que esta pregunta envuelve un absurdo; pero, en el fondo, quiere plantear una cuestión interesante: la posibilidad de que un autor juzgue, con la serenidad y la sabiduría de los siglos y del expediente completo de la crítica ajena, lo que hizo y lo que no hizo en su vida total: su obra, su palabra y su ejemplo.

Aquí va la síntesis de los aspectos que Silva nos dejó a los hombres: fue “un hombre raro”, cara a los demás y cara a él mismo —porque nos confesó su desconcierto frente a la propia vida, a la hora de empezar la autocrítica. Quién no recuerda el ensimismamiento de José Fernández en la novelita *De Sobremesa*, autobiografía interior de Silva?—... Un “hombre raro” en la humana convivencia; y en la autoreflexión. Era extraño a sí mismo, Silva. Para dar la interpretación más objetiva del móvil personal de su suicidio, se dice ésto: cuando se quitó la vida era, más que nunca, un extraño para sí mismo.

Esto fue en su vida el mejor poeta colombiano. Y qué pudo haber sido? No se debe encadenar su vida a la fatalidad —aunque ocurriese lo que ocurrió—, como suelen hacer sus biógrafos. Está bien que se consideren las herencias de sangre y de espíritu, y se analicen; y la primera formación —en realidad, la “primera deformación”—, ... y las lecturas, y el temperamento “erótico”, y París, y el desafecto, y el naufragio en que se perdieron sus manuscritos, y la hostil —para el poeta— Santafé de Bogotá... Pero Silva, “el verdadero reformador de la poesía castellana”, pudo haber sido “un muy otro”; porque con los mismos elementos y disposiciones de sus mundos —interior y exterior—, así puede construirse una vida frustrada, como se puede vivir con amor y esfuerzo todos los días, edificando entre los hombres una vida corriente y admirable, bien hecha y bien acabada. Sin embargo, no puede omitirse un elemento decisivo para inventariar en cualquier vida: la enfermedad psíquica, la neurosis. Pero “contra la neurosis se puede luchar siempre”. Aunque vale el argumento, un poco, en justificación de Silva.

No obstante, en esa pobre vida faltaron estas cosas: el amor y el esfuerzo. Y esas grandes ausencias explican la frustración. Silva no llegó a “madurar” nunca. Porque la madurez viene con esos dos

Ingredientes: el amor y el esfuerzo. La semilla del amor es pequeña, como la de la mostaza, y ha sido sembrada por Dios en el fondo del alma. Es tan pequeña que ni se advierte. Y naufraga con cualquier viento nocivo. Pero no llega a morir hasta la definitiva hora de la muerte. Y resurge con frecuencia, durante esas excavaciones interiores que nos hace la vida a todos los hombres. Y cuando la pequeña semilla del amor recibe cultivo de manos expertas de experto sembrador, entonces crece y llega su vida a desarrollarse tanto y tanto, que estruja aquí y desplaza allá, toma cuerpo y se posesiona de la vida total. Tal pasa asimismo con la semilla del esfuerzo.

Y la obra de Silva? Corta e incompleta: frustrada. Nos doleremos siempre de aquella obra poética inconclusa. Si el genio poético existe, habitó un tiempo en esa casa oscura, semiderruida y estrecha, que era lo único que el cuerpo enfermo de Silva podía ofrecer a un huésped que baja pocas veces a la tierra. Y en esa "medio-obra" hay vestigios de genio poético. Hay ruinas de genialidad. Es una obra triste, angustiada.

Confusio enseñó que "la angustia es patrimonio de los mediocres". Pero esta enseñanza es falsa. La angustia es una enfermedad espiritual: la forma alada de la impotencia, no de la mediocridad. El mediocre no es impotente: es insuficiente. Y no se angustia. El genio es impotente. Se entiende ésto? Es impotente en medio de la potencia, en medio de la grandeza. Y solloza el genio. Solloza, como un niño abandonado entre el cielo y la tierra, en medio de mares y desiertos.

José Asunción, hijo del maestro y escritor costumbrista Ricardo Silva —de raza violenta y agresiva, gentil y varonil, honrada y medio bohemia—, . . . nació en Santafé de Bogotá, en 1865; anduvo, loco y angustiado, frívolo y aventurero, por América y por Europa, ocupando cargos secundarios en la diplomacia, buscando amores y placeres; hasta anclar, enfermo y envejecido; y muy triste y muy joven de años, otra vez en Santafé de Bogotá, donde murió en 1896.

De Silva, sólo dos o tres cosas: dos o tres **nocturnos**, talvez alguna **rima**, y **Los Maderos de San Juan**. Lo demás podrá omitirse. Esas dos o tres cosas valen por todo un modernismo que él inició en la poesía castellana. Al fin y al cabo, el genio poético es tan grande que ni cabe en el universo, pero puede habitar —por siempre—, en un soneto, en una copla, en un pensamiento.

Silva fue víctima de todas las cosas tristes que andan por ahí sueltas, marchitando los corazones, segando los espíritus, encegueciendo la visión admirable que se descubre tras el dolor, tras la impotencia. Pero Silva es nuestro máximo poeta, y según Nervo, el poeta mayor de hispanoamérica. Por eso leeremos sus versos con unción y lo llamaremos: ¡Maestro!

Las obras publicadas de Silva han tenido prologuistas de excepción: las **Poesías**, a don Miguel de Unamuno, angustiado, indeciso, profundo; casi gemelo del poeta bogotano, y de su edad; y don Baldomero Sanín Cano, el sabio antioqueño, que de no haber sido porque la pereza y la facilidad lo dominaron siempre, genio tenía para haber empujado cien años la cultura americana.